

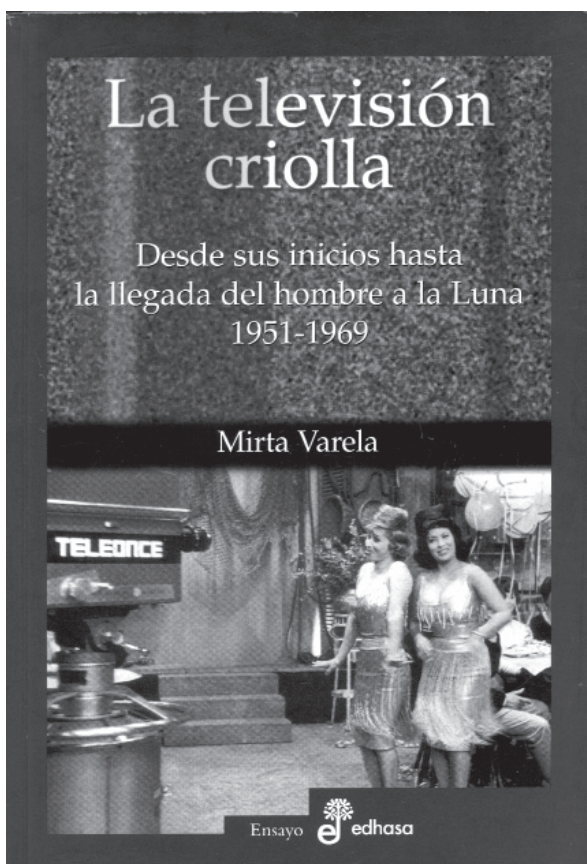
Reseñas

EDUARDO GUTIERREZ

De la *tele-visión* a la televisión

LUIS FERNANDO MARÍN ARDILA

Los saberes: la experiencia de abrirnos a la incertidumbre



De la *tele-visión* a la televisión

Mirta Varela, *La televisión criolla. Desde sus inicios hasta la llegada del hombre a la Luna 1951-1969*, Buenos Aires, Edhasa, 2005.

Mirta Varela, profesora titular de Historia de los Medios en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, entrega a los lectores latinoamericanos una obra que, aunque se ocupa del caso particular de Argentina, ofrece un terreno sugestivo para pensar los procesos de transformación del régimen comunicativo, a partir de la configuración de las formas de ser de la sociedad con el arribo de la televisión, al tiempo que hace apuestas metodológicas y señala direcciones en las cuales encaminarse en el estudio de la historia de la comunicación.

La incorporación de un artefacto nuevo, como la televisión, no es un hecho que pueda reducirse a

un modelo mecánico o a la simple instauración o imposición; en realidad, corresponde a un proceso en el que, de manera compleja, el artefacto (en este caso la televisión) y la sociedad se van moldeando mutuamente. A la manera de la autora: la *tele-visión* como fenómeno plagado de la curiosidad y de la maravilla del avance técnico parece, finalmente, configurarse en el artefacto mismo, el televisor, y, a la vez, el uso social en el que éste se inscribe y la manera como la sociedad pasa por allí dan forma a la televisión como industria cultural y como práctica cotidiana.

Esta secuencia, que es el plan que conduce el trabajo de la profesora Varela, permite ver diversas tensiones en las que se dirige el cambio: oposiciones entre las formas de “lo culto” y “lo popular”, que van desde la proximidad con el teatro y la distancia con el cine, hasta la lucha entre tradición y vanguardia; así como también se ven en tensión las industrias culturales existentes (cine, editorial y radio) que están viviendo un momento de caída a la llegada de la televisión, y la manera como la televisión es apropiada como medio público —y, más que ello, como medio gubernamental del peronismo— frente a las exigencias del mercado.

Todo esto ocurre mientras el medio se va asentando en la vida cotidiana y pasa de la vitrina y el público aislado a su conversión en fenómeno masivo, que define los ritmos de la vida cotidiana y se convierte en un elemento natural del ambiente.

Las dos décadas de las que se ocupa el libro, los años cincuenta y sesenta, recogen un momento central para Argentina: el tránsito del nacionalismo enmarcado en el concierto mundial a los primeros tintes de la globalización. No gratuitamente son las imágenes de Eva Duarte y Juan Domingo Perón las que inauguran el medio y la asistencia a la llegada del hombre a la Luna, compartida con audiencias en diversos países, que señalan las dos emisiones con las que se delimita el periodo de estudio. Igualmente, este tránsito nos permite ver las autopercepciones de una sociedad que se narra como vanguardia y potencia mundial

—que se queja por llegar tardíamente, en octavo lugar, a tener televisión— y que, 20 años después, con la imposibilidad de transmitir el lanzamiento del Apolo 11, tiene que reconocerse, en alguna medida, en su localización como periferia.

Al tiempo, este mismo periodo es el puente entre las marcas de la sociedad tradicional y las luchas políticas y culturales de los años sesenta, en relación con el avance de la sociedad de consumo modelada bajo el estilo estadounidense. La televisión como medio, como contenido y como forma dará cuenta de este recorrido con detalles tan precisos como los peinados de época, o las exploraciones de un Hamlet televisado bajo claves de vanguardia, o la construcción de una tradición televisiva mediante personajes como Pepe Biondi o Marrone. A la vez que las dinámicas del mercado, las relaciones y las dependencias con otros medios y el desarrollo de la industria nacional y mundial van dejando registro en el modo de ser del medio y de las audiencias.

Es la misma sociedad que, por primera vez en directo, ha visto levantarse a las masas en “El Cordobazo”. Es decir, una sociedad que da forma a la televisión en un momento en el que también están ocurriendo sucesos que imprimirán su sello hasta el presente.

La lectura del trabajo de Mirta Varela ofrece claves importantes para el estudio de la historia de la comunicación. Una lectura de la historia que, en primera instancia, se desprende de la historia del medio en sí, para adentrarse en la manera como se da su configuración, y que recurre a la exploración en diversos niveles: historia de la vida cotidiana a través del medio y fuera de él, análisis de los usos y prácticas cotidianas de los televidentes, historia de la técnica, abordaje del análisis político y económico político por medio del debate de las industrias culturales, incorporaciones de la reflexión acerca del arte y la estética y de los cambios en las ideas y mentalidades; estas perspectivas hacen que *la televisión criolla* permita entrever posibilidades para el desarrollo de historias de los medios de comunicación, que a su vez enfrenten de manera rigurosa y sin evadir su complejidad

la comprensión de la sociedad y su historia desde la comunicación.

Así mismo, la lectura de esta obra con perspectiva de un contexto diferente al argentino interroga por la necesidad de avanzar en las historias nacionales, para comprender qué tanto de homogeneidad y qué tanto de diversidad hay en la incorporación de los medios en cada país; en la construcción de una historia conectada, que busque conexiones y vínculos; así como en las posibilidades de hacer historia comparada para el abordaje de América Latina desde la comunicación.

Para el caso colombiano, cercanías e influencias tan directas como las de David Stivel y Juan Carlos Gené, cuya experiencia como “clan Stivel” se incorpora a la formación de la televisión colombiana, o comparaciones como la que puede acercar a comprender el papel de lo comunicativo en los procesos del populismo en uno y otro país mediante Perón y Rojas Pinilla.

Es importante señalar, finalmente, el esfuerzo para hallar archivos que permitan acceder a información de fuentes primarias, lo que muestra la enorme dificultad de construir memoria en nuestra región y ofrece un reto adicional para la historia desde la comunicación; en este sentido, también esta obra es un aporte significativo para recoger y evaluar el balance de lo existente.

Eduardo Gutiérrez

Profesor

Departamento de Comunicación
Pontificia Universidad Javeriana



Los saberes: la experiencia de abrirnos a la incertidumbre

Wallerstein, Immanuel, *Las incertidumbres del saber*, Barcelona, Gedisa, 2005, 180 páginas.

Historiador neoyorquino, director del Centro Fernand Braudel de la Universidad de Binghamton e investigador superior de la Universidad de Yale, Immanuel Wallerstein es un científico social agudo, conciso y decidido; una vez más lo demuestra con la publicación en inglés, en el 2004, de *Las incertidumbres del saber*, traducido al castellano en el 2005. Con este libro, Wallerstein establece el balance de su incursión en el debate epistemológico sobre los saberes, la coimplicación entre las ciencias, las disciplinas y la nueva cultura, donde la transdisciplinariedad no es sólo un método científico más, sino una cosmovisión compleja de la realidad.

Sacrificando coherencia en cuanto unidad temática, con este texto, Wallerstein no desaprovecha la oportunidad para reiterar su tan conocida perspectiva crítica, basada en el estudio de la historia desde el punto de vista de Fernand Braudel, es decir, desde el concepto de “análisis del sistema-mundo”; junto con esta idea, insiste Wallerstein en su categórica y fundamentada tesis de la decadencia del poder estadounidense, por cuanto, dice el historiador, Estados Unidos ha entrado en un ciclo en el que ya no es el foco irradiador del capitalismo mundial.

“La ciencia es una aventura y una oportunidad para todos, y todos estamos invitados a participar en ella, a construirla y a conocer sus limitaciones”, quizá sea esta la frase que abrevia sabiamente el contenido y la incitación que, con sólidas razones, nos hace Wallerstein. Las ideas de la ciencia como aventura y los científicos como aventureros son tanto concepciones como invitaciones, seductoras y peligrosas, también profundamente vitales, bellas, conmovedoras. La ciencia y los científicos no nacen, se hacen, se construyen en un proceso abierto, incierto, inacabado; en dicho proceso simultáneamente somos actores y espectadores. ¡Quién lo creyera!, esta forma de ver las dinámicas de investigación y de construcción científica no es común y no ha sido, tampoco, enunciada desde hace mucho tiempo o por lo menos no ha alcanzado a ser una idea fuerte, sino recientemente, tan sólo desde hace unas cuantas décadas, digamos, desde los años setenta del siglo xx.

En *Las incertidumbres del saber* Wallerstein subraya cómo la visión predominante de la ciencia desde 1850, hasta un poco después de 1945, ha sido la de un científicismo que, fungiendo como una ideología de la ciencia, puso a circular sus dogmas centrales que rezaban sobre el carácter desinteresado de la ciencia y su constitución extrasocial; predicaban, igualmente, que los enunciados de verdad de la ciencia se sostienen por sí mismos sin el apoyo en proposiciones filosóficas generales y que el conocimiento científico es sinónimo de verdad.

Durante siglo y medio el científicismo monopolizó la interpretación del proceso científico,

extendió una imagen de la ciencia, del conocimiento, de la verdad y de la realidad, que, en líneas generales, podemos denominar como determinista, universalista, abstracta y disciplinarizante-disciplinarizada.

El cientificismo es una imagen de la ciencia que ha cumplido un ciclo largo fundado con la distinción positivista entre ciencia y filosofía, separación consolidada en la segunda mitad del siglo XIX; escisión que consagraba el dogma de la objetividad, como prohibición y condena de confundir los denominados “hechos” con los “valores”. Esta emergencia positivista advino con el reinado del discurso del método y la analítica, que separaba lo subjetivo de lo objetivo, el hecho de los valores, el conocimiento de la praxis y, sobre todo, que en pos de la delimitación del objeto y método propios perdía el proceso de la realidad.

“La realidad” se estudiaba en fragmentos, “compartimentalizadamente”. De tal suerte que el estadio emergente fue el del positivismo y la disciplinarización. Es una paradoja, el evangelio positivista atacaba a la filosofía y pretendía volver invisible la perspectiva filosófica de fondo que servía a sus argumentos; el positivismo estuvo y estará siempre adscrito a una visión filosófica del mundo y de nuestra manera de conocerlo. En compendio para este paradigma conocer la realidad es un asunto del método analítico, en el que la realidad se conoce despedazándola en múltiples fragmentos, abstrayéndola del contexto y, luego, formulando leyes (perspectiva nomotética) obtenidas en condiciones ideales de experimentación.

La resultante fue, entonces, la *disciplinarización*; en primer lugar, la trimodalidad de ciencias naturales, ciencias humanas y ciencias sociales. Las primeras, a su vez, se subdividieron en las conocidas ciencias físicas, químicas y biológicas; las humanidades en filosofía, literatura y arte, y las ciencias sociales fueron desmembradas en economía, ciencia política, sociología e historia.

El cientificismo dogmatizó no sólo sobre las modalidades de hacer ciencia, también organizó en disciplinas los conocimientos científicos y construyó una organización institucional validante

y legitimante de la producción y distribución de la investigación científica. Es así como Wallerstein señala que con el término “disciplina” nos referimos a tres cosas al mismo tiempo: a) a una categoría intelectual que afirma la existencia de campos de estudio, b) a estructuras institucionales y c) a una *cultura*, es decir, un conjunto de valores comunes que comparten los miembros de una comunidad disciplinar o científica. Podríamos agregar que aunque el autor no lo dice de modo manifiesto las disciplinas, hoy día, se atrincheran más como organización institucional que como dinámicos campos de estudio y paradigmas que problematizan y amplían el conocimiento de la realidad.

Immanuel Wallerstein ya en 1996, en un libro del cual es promotor principal y coautor, *Abrir las ciencias sociales*, había descrito cómo para el caso de la construcción histórica de las ciencias sociales como disciplinas operaron unas circunstancias alrededor de tres ejes: a) la oposición entre el pasado (la historia) y el presente (la economía, la ciencia política y la sociología); b) la antinomia Occidente (las cuatro disciplinas mencionadas) y el resto del mundo (la antropología y los estudios orientales); c) la estructuración del presente nomotético (basado en la regularidades llamadas leyes científicas) occidental fundamentado en la distinción liberal entre el mercado (la economía), el Estado (la ciencia política) y la sociedad civil (la sociología).

Para Wallerstein, y con él muchos otros, tanto la justificación disciplinar como esta organización institucional del campo de producción y transmisión científica entraron en crisis desde la segunda mitad del siglo XX. Como sea, hoy ya metidos en un nuevo siglo y un nuevo milenio, la visión determinista, disciplinar y cientificista del conocimiento es insostenible: la crisis de los paradigmas newtonianos y cartesianos de la ciencia, las distintas emancipaciones frente al colonialismo (políticas, culturales, educativas), la globalización, todos éstos son factores que convergen en la generación de una ruptura profunda y duradera en las formas de valorar y practicar los saberes y las epistemes.

Desde luego, no se trata de una simple reorganización de la producción de conocimientos, asistimos, como dice Prigogine (premio Nobel de Química y cofundador de la 'teoría de los sistemas complejos y caóticos') a una metamorfosis o una nueva alianza entre el hombre, la ciencia y la naturaleza. La imagen de la naturaleza provista desde Newton era la de una realidad aprehensible *legaliformemente*, que estudiaba sistemas en equilibrio, reversibles y explicables conforme a una causalidad lineal. Ahora, la ciencia se ocupa de estructuras disipativas, de sistemas históricos (no aislados del contexto y no estudiados en condiciones ideales de laboratorio), de sistemas en desequilibrio, de estructuras fractales y bifurcantes, etc. Estamos en medio de la complejidad, el científico es partícipe, como observador, del fenómeno o sistema observado y estudiado.

La ciencia cambia su perspectiva, en la actualidad se mimetiza en la complejidad para observarla, pero, sobre todo, para aceptar el desafío de la incertidumbre. El cientificismo pretendió ubicar a la ciencia por encima de la historia, por encima del tiempo, iluso intento; aun ella y todas las demás manifestaciones de lo humano no escapan al río heracliteano. Resguardarse en la seguridad de la ciencia es práctico, pero no es muy racional; las certezas pueden mitigar las fatigas, pero también nos conducen a la práctica del avestruz: enterrar la cabeza para no advertir que la complejidad, la incertidumbre y la indeterminación nos rondan. El modelo de certeza es una reducción, la ciencia determinista en pro de precisión pierde la realidad multidimensional y en constante cambio.

Abrir las ciencias sociales también comporta, además de asumir el reto de complejidad, practicar una praxis inter- y transdisciplinaria. Wallerstein valora en este horizonte los estudios culturales (*cultural studies*), los considera como una perspectiva en que las ciencias sociales y, en general, todo saber adquieren la conciencia del enraizamiento de los conocimientos en los respectivos contextos sociales. De tal suerte, tanto los estudios culturales como las ciencias de la complejidad se constituyen en el horizonte para atacar la cultura de la fragmenta-

ción, de la reducción, de la inteligencia ciega (como lo dice Edgar Morin) y simplificadora.

El desafío es el de saber, el de comprender en un mundo que se ha interconectado, en un mundo interrelacionado desde la comunicación, en una realidad que requiere un conocimiento que se sume a la aventura de cerrar la brecha epistemológica (separación entre lo físico y lo vivo, entre lo natural y lo cultural, lo subjetivo y lo objetivo, la doxa y la episteme, la razón y la emoción, la institución y el mundo de la vida).

Luis Fernando Marín Ardila

Profesor

Pontificia Universidad Javeriana
Departamento de Comunicación y
Departamento de Ciencias Políticas.